

IX

27 de Junio, 11 mañana.

Ayer tarde y anoche he vuelto á ver á Melinita, bajo el disfraz de Luisa Bauquet. Se me aparecía con la misma cara, con su traje de doncella de labor, morena, baja esta vez y delgada. Volvía la alucinación, ó más bien reproducíanse mis dudas.

Sí, mis dudas. "¿Qué confianza, decía yo, puede una tener en esas agencias de criados? ¿No les ha sucedido recomendar hasta malhechores á los cuales, sin duda, tenían ellas por gentes honradas?"

Y mi imaginación, hartó sobrecitada desde hacía algunos días, trabajando siempre, hacía una pequeña novela.

Blazac diría á su Melinita que acababa de encontrarme á la puerta de la agencia y que

andaba buscando doncella. Entonces, esa mujer, deseosa de conocerme bien, de penetrar en la vida de una mujer honrada y de una gran señora, esa criatura, acostumbrada á todas las audacias, á todas las locuras, se le puso entre ceja y ceja volver por algún tiempo á su antiguo oficio y entrar á mi servicio.

¡Pronto en campaña! Se disfraza, se pinta, se transforma y corre á la agencia. Allí enseña los certificados que tiene, los antiguos, los verdaderos, pide colocación en una casa grande, promete entregar su salario del primer mes, y ofrece, si hay necesidad, algún dinero á cuenta. La directora, bien dispuesta á su favor, y deseosa también de complacerme lo antes posible, se dice: "Esto es precisamente lo que necesita la Duquesa...", y me envía á su recomendada.

Esa es la pequeña novela que yo hice. ¡Bueno! Pero ¿cómo me deja ir á tomar informes á casa de la señora de La Bére? ¡Bah! Luisa Bauquet cree que no iré, por lo mismo que me dice que vaya. Así son las cosas. ¿No estaba yo ayer mismo decidida ya á no molestarte? Probablemente la tal señora de La Bére no existe siquiera. Pero ¿si existe? ¿Si verdaderamente Luisa Bauquet estuviera á su

servicio desde hace quince meses, la sirviese fielmente y estuviera ahora todavía en su casa? En ese caso no hay tal Melinita. Mi protagonista, mi heroína desaparece, se evapora, y con ella toda mi novela. Importa, pues, convencerse de si existe ó no existe esa señora de La Bére.

¿Y á qué? ¿Para qué tomarme esos trabajos? Basta con que tenga dudas sobre Luisa Bauquet para no tomarla á mi servicio. No parece sino que no hay más criadas que ella en París.

Todo esto es verdad... y sin embargo, quisiera salir de dudas, quisiera... ¡Qué insufriblemente curiosa soy!

27 de Junio, 9 de la noche.

Ya se me ha quitado el peso que tenía en el corazón.

En primer lugar, mandé llamar á Blazac. Quería preguntarle: primero, si había vuelto á hablar de mí con la llamada Melinita y si le había dicho que yo buscaba doncella; segundo, si tenía algún motivo para sospechar que hubiese ella tenido la audacia de disfrazarse y de venir á mi casa; tercero, cómo se llamaba antes de que él le cambiase el nombre. ¿Se llamaba Luisa Bauquet?

Blazac hubiera contestado á todas estas preguntas. Tiene sus defectos y hasta algunos vicios; pero ha conservado el respeto á la familia y, seguramente, no había de hacerse con su silencio cómplice con una mujer de

vida airada en una aventura en que yo me mezclase.

Desgraciadamente, no lo han encontrado: se marchó ayer tarde sin decir adónde. La cosa no puede asombrarme, porque ya me había hecho presentir ese viaje. Otra entrevista con la *Explosible* habrá, sin duda, aumentado sus temores, imaginarios ó reales, y fiel á su sistema, precavido siempre, ha emprendido la fuga.

Por ese lado nada sabré. Pero me queda la señora á cuyo servicio está Luisa Bauquet, la señora de La Bére, en cuya casa pretende hallarse desde hace quince meses, y de repente me decido, para concluir, para... ¡ah, no sé para qué!... á ir en busca de informes.

En la calle de Francisco I, número... mando al lacayo á preguntar si la señora de La Bére vive en la casa.

Todavía en aquel momento me figuraba yo que la portera contestaría que no conocía tal señora. Pero me equivocaba: vive allí, y no hay inconveniente en subir á su casa.

Hago que me abran la portezuela y, al apearne, digo al lacayo:

—¿Habéis preguntado qué piso es?

—Sí, Sra. Duquesa, el segundo.

—Subid conmigo; me esperaréis en la antecámara.

Casa de buena apariencia, escalera bien cuidada y muy limpia. Al llegar al segundo, me detengo y llamo. Salió á abrir Luisa Bauquet. Debía habérmelo figurado, puesto que aun estaba en la casa, y sin embargo, me sorprendí al verla.

Sin decir palabra echó á andar para enseñarme el camino. Aprovecho la ocasión para examinarla... por la espalda.

Sus hombros son redondos, su talle nada delgado, sus caderas tienen cierto desarrollo. Es imposible que la mujer que vi la otra tarde en el Bosque, con un traje mitad masculino, haya sido nunca tan metida en carnes. Creo en el algodónado y en los rellenos, pero hasta cierto punto, porque eso tiene sus límites. Parece, poco más ó menos, de su estatura; sus tacones, que distingo perfectamente, no son desmesurados, y si llevase plantillas no andaría con tanta naturalidad. Además, esta vez está sin nada á la cabeza, y puedo convencerme también... ¡oh, y sin temor de equivocarme!... de que sus cabellos rubios son suyos, no tienen nada de postizos, y como los míos están sin teñir.

Abre una puerta, me introduce en un salón, me acerca una butaca y me ruega que tenga la bondad de esperar algunos segundos.

Cuando me veo sola, dirijo una mirada escudriñadora en derredor, con la esperanza de que el aspecto de la sala me dé alguna idea sobre la verdadera posición social de la señora de La Bére. Pero el salón no tiene nada característico. Todo lo que hay allí lo he visto ya en mis excursiones á los almacenes del Bon Marché y del Louvre. Estilo turco, sillas muy bajas, silloncitos redondos, divanes forrados de gruesa moqueta oscura, colgaduras, alfombras haciendo juego con el tapizado de los muebles. Desde que los almacenes de novedades se han dedicado á vender el mobiliario, no sabe uno á qué atenerse: las mujeres *honestas* y las *deshonestas* se proveen en los mismos sitios y tienen parecidos muebles. ¿Podrá el lambrequín de la chimenea indicarme algo? No. ¿Las paredes? Tampoco: pinturas colocadas en marcos muy dorados y exhibiendo, como firmas, algunos nombres ilustres. ¡Pobres grandes pintores! ¡Qué cosas les han hecho firmar!... Pero, señor, ¿no habrá nada que sirva para ilustrarme?... ¡Ah! Allí en una butaca una muñeca muy grande. Me

acercó. ¡Qué bien sentada... y qué nueva está! Estoy por creer que acaban de sacarla de un armario y de colocarla sobre aquel mueble, para que se vea que hay niños en la casa. Coquetería maternal sin duda.

Oigo el ruido de una puerta, seguido del ruido de unos pasos. Evidentemente es ella. Un examen rápido, y esta vez sabré á qué atenerme.

Mujer bonita, rubia, de un rubio muy claro, casi blanco, con el acostumbrado acompañamiento de las rubias: ojos azules, dulces y un poco lánguidos. Éstos parecen fatigados, inflamados como si acabasen de llorar, y rodeados de un círculo azulado. La nariz es bastante correcta, la boca pequeña, los labios sanguíneos, el color muy animado, tan animado que parece que acaba de dar un largo paseo por el sol, ó de sostener una discusión muy viva. No tiene nada reprochable desde el punto de vista plástico, como no sea que el busto muy abultado parece carecer de firmeza, y que en el cuerpo todo nótase cierta ligera tendencia á la languidez. En una palabra, no me desdigo: una mujer guapa, de una belleza convencional, sin originalidad, sin nota característica ni personal, como el mobiliario.

Todo esto no me dice quién es ella. Rubias y lánguidas hay en todas las clases de la sociedad. Pasemos al traje.

Bata de lanilla fruncida en el talle, color de hoja seca y con muchos lazos y cintas. Peinado á la inglesa, liso y con ondas en la frente. En los pies, que parecen pequeños para su estatura, un poco mayor de lo regular, zapatos muy sencillos de cabritilla negra. Es el traje de casa propio de una mujer que sabe vivir y que distingue. Una burguesa se habría adornado, encorsetado y puesto los trapitos de cristianar para recibirme y hacerme los honores. Una mujer de medio pelo, una medio artista, una señorita de esas, se habría dicho: "Tú vienes á fastidiarme con esta embajada de los informes. ¿Qué me importa á mí que seas Duquesa? No te conozco y no voy á molestarte por tí," y no hubiera hecho más que echarse un peinador ó una *matinée* y recogerse el cabello. La señora de la Bére está en el justo medio, y comienzo á poder clasificarla.

Se aproxima á mí lentamente, con paso un poco tardo, paso de oriental fatigada, de mujer de harén; siempre el estilo turco. Quiere sin duda tomarse tiempo para mirarme,

para juzgarme, y debo suponer que su juicio me es favorable, porque sus cejas se fruncen y su sonrisa, al principio muy acentuada, se hace más indecisa. Estoy acostumbrada á esos efectos. Al llegar á mi lado describe un círculo con objeto de colocarse de espaldas á la luz y dejarme á mí de frente. Es un juego que he observado también muchas veces: el ama de casa conoce su terreno y se aprovecha de ello para hacer resaltar su belleza y contrariar la belleza de las demás.

Después de sentarse, me dice con naturalidad:

—De modo, señora, que tiene V. la intención de quitarme mi doncella.

La sonrisa ha vuelto á sus labios y corrige lo que la frase pudiera tener de un poco agresivo.

Yo, sonriente también, contesto:

—No le quitaré su doncella, señora, á menos que V. me lo permita.

—Por fuerza ¡ay! tengo que permitirlo— responde, y bajando la voz, acercándose á mí, como si quisiera confiarme un secreto, añade: —Mi marido es hombre de negocios, y éstos no van muy bien en la actualidad. Tengo dos hijos, y necesito echar muchas cuentas; en mi

casa una doncella no puede ganar más que el salario ordinario. Luisa Bauquet desea ganar más, no por ella, sino por los suyos, y como me interesa, la dejo marchar. Yo fuí la primera en aconsejarle que buscara una casa mejor.

Esta confesión, demasiado precipitada, demasiado bien traída, debía estar algo preparada; pero fué hecha con tono natural y con cierta gracia. Decididamente me encontraba en presencia no de una mujer de mi clase, aunque sí distinguida, y sentíame turbada después que ella me hubo confesado con tanta franqueza su mediocridad de fortuna; me dolía pensar que... sólo porque yo era más rica que ella... iba á quitarle una criada á quien parecía tener aprecio. Así es que no pude menos de decir:

—Verdaderamente siento...

Ella me interrumpió:

—¿Sentir? ¿Por qué? Si Luisa no entra en casa de V., señora, no por eso dejará de encontrar otra, y de todos modos, no tardará en dejarme. Le ruego, pues, que no se preocupe del asunto si la muchacha le conviene.

Más tranquila ya, respondí:

—Con V. sólo, señora, cuento para saber

si me conviene... Debe V. conocerla bien si está á su servicio, como ella afirma, desde hace más de un año.

—Sí, desde hace quince meses.

—¿Y no ha tenido nunca motivos para quejarse de ella?

—No he tenido motivos más que para alabarla.

—Inteligente, ¿no es verdad?

—¡Oh, eso sí!

—¿Trabajadora?

—Muy trabajadora y buen trabajo. Nunca se la ve ni descontenta ni fatigada. De día, de noche, cuando he necesitado sus cuidados, la he encontrado siempre bien dispuesta y siempre lista.

—¿Y en cuanto á honradez?

—¡Oh! La honradez de una criada no puede conocerse sino cuando no desaparece nada de la casa, y nada he echado de menos en quince meses. Es verdad que yo siempre le he dado lo que ella quería. Cuando una está satisfecha con el trabajo de sus criados, ¡qué menos ha de hacer que procurar por su parte satisfacerles algunos deseos!

—Es verdad, y yo haré lo mismo, señora.

—No lo dudo, y ella también lo espera.

—Tal vez le haya dicho mis intenciones con respecto á ella durante mi permanencia en el campo. Saldrá algunas veces conmigo, y hasta me hará compañía de vez en cuando, porque este año voy á pasar la temporada allí muy sola. ¿Creéis, señora, qué servirá para eso?

—¡Oh!— me contestó con viveza.—Sirve para todo. Además, en mi casa ha hecho de las dos cosas. Es una muchacha bien educada, que no carece de una instrucción relativa y con la cual, no lo oculto, suelo charlar yo con mucho gusto algunos ratos... No la sustituiré fácilmente—añadió con sonrisa triste; una sonrisa de reproche, al pensar que se exponía demasiado, después de estos informes, á quedarse sin su doncella.

En efecto, ¿por qué había yo de vacilar más tiempo? ¿No había adquirido pruebas evidentes, materiales y morales, en cierto modo, de que no existía relación alguna entre Luisa Bauquet y la dichosa Melinita? ¿Podía, por otra parte, esperar mejores informes de los que me daban? ¿Qué razón había de tener la señora de La Bére para engañarme? Su deseo de conservar á una criada modelo era evidente, y si le hubiese conocido defectos, se hubie-

se apresurado á decirlos para asustarme y hacerme renunciar á mis proyectos.

—Sólo me falta, señora—dije levantándome,—pedirle perdón por haberla molestado y darle las más expresivas gracias por la bondad con que ha contestado á mis preguntas.

—¿De modo que está V. resuelta á tomarla?—preguntó.

—Sí, y me he decidido por causa de V.; lo que me ha dicho, me ha convencido de que me conviene.

—¡Oh! ¡Eso sí! No podrá V. desprenderse de ella cuando la conozca á fondo. También creo—añadió con cierta amargura—que se separará más difícilmente de V. que de mí.

—¿Por qué? La colocación que deja es excelente.

—La que va á tener es mucho mejor. Se verá seducida por una porción de cosas que yo no puedo darle... Además, la novedad. Todas las mujeres gustan de la variación. Una nueva señora tiene siempre atractivos de que ya carece la antigua.

Decididamente la echaba mucho de menos; tal vez demasiado. Aquello era dar una importancia exagerada á una criada.

Para terminar, yo pregunté:

—¿Cuándo quiere V., señora, que Luisa Bauquet pase de su servicio al mío? Fije usted misma el día.

—Tened cuidado, porque voy á abusar.

—¡Abusar!

—Como ya le he dicho, la reemplazaré difícilmente, y quisiera aprovechar los últimos días que esté en casa para una porción de cosillas, que otra no sabría hacer tan bien como ella. ¿Es demasiado pedir una semana?

—No. Sino que, como me marchó pasado mañana, tendré que hacer el viaje sola. Le dejaré las señas de mi casa de campo.

—Mil gracias. ¿Quiere V. que la llame?

—No se moleste. Yo le hablaré en la ante-sala.

—Entonces voy á llamarla para que la acompañe, y la dejaré con ésta por discreción. Saludé y salí.

Luisa Bauquet, que se presentó enseguida, me pareció impaciente, curiosa por conocer el resultado de mi conversación con su señora.

—Es cosa convenida que os venís á casa— le dije, y al mismo tiempo le puse cien pesetas en la mano.

—Se lo agradezco mucho á la Sra. Duquesa—contestó con voz en la cual se cono-

cía cierta emoción.—¿Cuándo tengo que ir á recibir sus órdenes?

—Hasta la semana próxima, no. La señora de La Bére desea que estéis aquí ocho días más.

Me pareció que este aplazamiento le contrariaba. Acaso temía verme cambiar de parecer durante esos ocho días. Acaso también, conociendo como yo á la señora de La Bére, temería que la hiciese trabajar demasiado durante ese tiempo. Mientras yo hacía estas reflexiones escribí algunas palabras en mi cartera, y después de haber arrancado la hoja, se la entregué diciendo:

—No tenéis más que cumplir las instrucciones que aquí os doy.

Esta gran cuestión está, pues, terminada. Es la primera vez que me he tomado tales trabajos por una doncella de labor.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

XI

2 de Julio.

Héme aquí instalada desde hace tres días en mi casa del Pas-de-Calais, en las Ruinas. Este nombre de las Ruinas, aplicado á la posesión que tiene mi familia, desde hace qué sé yo cuántos siglos, hizo las delicias del Duque cuando me lo oyó por primera vez. —, un castillo viejo, ¿no es verdad?, me dijo. “No, por cierto, respondí: una vivienda muy moderna, una gran *villa* más bien que un castillo, edificada por mi padre en la colina que hay desde el Portel, un pueblecillo de pescadores, hasta Boloña del Mar.”

Y como se admirase entonces de que llamaran las Ruinas á una quinta moderna, le di algunas explicaciones. En el parque, junto á lo que hoy está ya modificado por una por-

ción de obras y derribos, se levanta, ó cosa así, un antiguo castillo señorial, con sus torreones de ladrillo, su foso y su puente levadizo, cerca del cual pueden verse esculpidas en los muros, y respetadas por la hierba, las armas de los Condes de Boloña, porque descendiendo casi en línea recta de aquellos poderosos señores, cuyo blasón conocía toda la comarca.

En ese castillo fué donde Mathieu de Alsacia, uno de los Condes referidos, ocultó, aguardando el momento de casarse, á la bella María, abadesa de Ramsay, aliada de los Reyes de Inglaterra, á la cual robó de su convento, á mano armada en la apariencia, aunque con su consentimiento en realidad. ¿Estoy bien segura de su consentimiento? No. ¡La historia es tan antigua! Pero la abadesa forma parte de mis antepasados, y prefiero, por respetos de familia, creer que no había sido víctima de un rapto, sino que había obedecido á su corazón. Nada más probable que eso en una época en que el corazón hablaba mucho, latía con fuerza, mientras que el espíritu dormitaba, falto de distracciones. Hoy sucede lo contrario: la cabeza de las mujeres trabaja de tal manera que su corazón permanece inactivo y no se

pone en campaña á favor de un hermoso caballero, como en los buenos tiempos pasados.

La abadesa de Ramsay, encerrada en su torreón, tenía, sin embargo, á la vista un espectáculo bien á propósito para distraerla y encantarla. Yo, en cuanto llego á las Ruinas, me siento impresionada por el paisaje; hasta diría que influida por completo, si me atreviese... y me atrevo. Es verdad que hoy los puntos de vista son mucho más variados de lo que eran en 1160, fecha de los amores del Conde y la abadesa. Allá en la altura, y descendiendo hacia el valle, el verdadero campo tranquilo, prados muy llenos de verdor y de florecillas silvestres. En la pendiente de la colina el pequeño santuario del Ave María, consagrado á la patrona del país, á la Estrella del Mar. Más allá, en el fondo, el valle de la Liana y el río del mismo nombre, dorado por los rayos del sol.

Si me vuelvo á la izquierda, en el balcón, veo el pueblo del Portel, pintoresco, laborioso, lleno de movimiento los días de pesca, con sus marineros y sus *marineras*, descendientes, según afirma la leyenda, de pescadores vascos ó españoles, establecidos en la comarca á

raíz de un naufragio feliz, del cual hay que alegrarse; las mujeres del Portel le deben ojos negros y vivísimos, cabellos castaños, manos pequeñas y dientes muy bonitos.

Ante mí, en toda la extensión que alcanza la vista, el mar, un mar rara vez tranquilo, casi siempre nervioso, agitadísimo: parece sentirse poco cómodamente colocado, como en insoportable estrechura, entre las costas, y hace un ruido de todos los diablos, procurando salirse siempre de su cauce y agrandar sus dominios; un mar muy vivo también, muy habitado, surcado sin cesar por grandes embarcaciones, que corren con velas desplegadas, vapores que silban y echan humo, flotillas de barcas pescadoras medio escondidas entre la bruma ó destacando la blancura de sus velas sobre fondo azul purísimo.

Por la tarde, por la noche, el encanto que experimento es aún más penetrante. Boloña, sus muelles, sus casas, su puerto con sus barcos grandes y pequeños, toda su parte baja, que parece sumergirse en el mar, desaparece poco á poco, envuelta en los vapores que suben del valle y del río, mientras que la ciudad alta, extendiéndose á lo largo de la colina, ve iluminada por los últimos rayos del sol

poniente, hasta que, ya de noche, empieza á encender sus luces.

El mar al mismo tiempo se ilumina por la playa merced á las fosforescencias que se destacan de la vaguedad blanquecina que se mece en ella. Á lo lejos, para indicar la entrada y la profundidad del canal, farolas fijas, rojas, verdes ó blancas. Á lo largo de la costa, para marcar los peligros, faros de todos tamaños, las evoluciones de los cuales se complace la vista en seguir, así como sus cambios de color; y allá, por cima de todo, dominánolos, haciéndolos opacos, el gran faro eléctrico de cabo Gris-Nez, punto extremo de Francia, á cinco ó seis leguas de Inglaterra. En el horizonte las luces de posición de los grandes vapores trasatlánticos, y más modestos, menos brillantes, pero también más numerosos, los farolillos blancos de las lanchas pescadoras. Aquí la mirada se entornece. ¡Cuántos peligros corren esos barquichuelos, la tempestad, el abordaje, frecuentes en este pedazo de mar estrecho, donde se agolpan tantos buques que van y vienen de Norte á Sur, de Este á Oeste, á menudo perdidos entre las densas nieblas que no pueden disipar ni la luz de los faroles ni la de los faros! Entonces, á lo lejos,

se oye el ruido siniestro del silbato de vapor, ese grito de los vapores en peligro. Es el correo inglés que no puede encontrar la entrada del puerto, y llama. El cañón colocado al extremo Oeste de Boloña le contesta, y lo guía en la oscuridad profunda de la noche. El sonido reemplaza á la luz.

Sí, tengo verdadera predilección por esta tierra de Boloña, á la que podría llamar mi país, puesto que en ella mis antepasados vivieron, guerrearon, amaron... Díganlo si no el Conde Mathieu de Alsacia y la bella abadesa María. Cuando me canso de mi horizonte, me voy á buscar otros. Algunos minutos ó algunas horas de coche, y héme ya en Equihen, enmedio de los pescadores, y en las Cien-Dunas, ora en el bosque de Harelot, ora de nuevo en el camino de Calais, en Wimmille ó en Wimereux, ó más allá, en la bahía de Wissant ó más lejos, si la soledad inmensa ó el graznido de los cuervos no me asustan en cabo Gris-Nez, desde donde distingo, los días que hace buen tiempo, la costa de Inglaterra, Dover y su castillo.

Amenudo me sucede que no hago más que dar un simple paseo á pie por la alta y vetusta ciudad de Boloña, tan diferente de la nue-

va y rodeada de un círculo de poderosas murallas, que parecen destinadas á separarla bien de su vecina. "No vayáis á confundirnos á la una con la otra, parecen decir aquellos muros seculares al transeunte y al viajero. La ciudad que se extiende en derredor mío, que me aprieta, que me ahoga, que quiere abrazarme, y á la cual tengo á distancia, no merece vuestras miradas, no es digna de consideración alguna. Es una burguesa, una improvisada, una cualquier cosa. Sólo yo merezco vuestras miradas, vuestro respeto. Y si no, fijaos: dato del tiempo de los romanos, del tiempo de Julio César. Sí, nada menos. Ya entonces me llamaba Boloña. He visto á Atila, rey de los Hunos; al gran Carlo Magno, á Felipe Augusto, el cual restableció mis fortificaciones, y á Eduardo II, rey de Inglaterra. En Nuestra Señora, mi catedral, se casó con Isabel, la hija del rey de Francia, Felipe el Hermoso. Cuatro reyes, cuatro reinas, un montón de príncipes y de princesas asistían á la boda. Me acuerdo muy bien. ¿Y sitios? ¿He sostenido algunos? Resistí un mes contra treinta mil ingleses y cien piezas de artillería... Más tarde, ya vieja, he visto á Napoleón el Grande, y vi á la armada Inven-

cible. Mi torre ha tenido el honor de guardar prisionero, durante cuarenta y ocho horas, á Napoleón III. ¡Me parece que estos son verdaderos triunfos de gloria! ¡Que diga otro tanto la ciudad moderna!„

Sin escuchar más tiempo la charla de aquellas viejas murallas, las franqueo, subo una escalera resbaladiza y mohosa, y héme en las baterías, baterías cubiertas de árboles y alfombradas de yerba, un verdadero jardín colgado. ¡Qué hermoso paseo por la explanada circular! ¡Qué puntos de vista tan variados! Colinas, valles, arroyos, bosques, las bellezas de alta mar, y pese al orgullo de la ciudad vieja, una Boloña moderna, muy bonita, muy alegre, con sus casas nuevas, sus numerosos edificios, su puerto comercial, su casino, sus baños, su ferrocarril, su movimiento, su vida. Pero cuando ya he admirado todo lo que hay á la derecha, por no causar la envidia de lo que está á la izquierda, me vuelvo hacia ese lado, y por un agujero, como si fuese el brocal de un pozo, veo á lo lejos la antigua Boloña. Y debo confesar que también me gusta mucho esa ciudad vieja, de callejuelas estrechas, de casuchas bajas, de jardines sombríos, ese rincón silencioso, soñoliento,

muerto. Me sorprendo á mí misma diciéndome que de buena gana viviría allí dentro. Eso sería la tranquilidad, el reposo... y el fastidio, se me dirá. Sí, el fastidio tal vez. Pero él evita fastidios. El primero procede de una existencia demasiado uniforme, demasiado regular. Los otros están causados por una vida agitada, accidentada, en la cual nadie se pertenece á sí mismo, sino que obedece á todo y á todos. ¿Qué se debe preferir, el fastidio ó los fastidios, puesto que estas dos palabras, singular y plural, significan cosas tan distintas? Yo prefiero... ir al casino.

Y voy, ó mejor dicho, iba en tiempos de mi pobre marido. Un casino muy hermoso, grande, elegante, bien situado en la plaza, á la entrada del puerto, con un magnífico jardín lleno de flores, un bonito teatro donde se daban conciertos y representaciones dramáticas, y en el cual teníamos nuestro correspondiente palco, porque el Duque, que acabó por ser tan partidario de Boloña como yo, y quería darle atractivos para que acudiesen forasteros, protegía el casino y no se desdenguaba de visitarlo alguna vez y de llevarme á él.

Algunas veces hasta entré cogida de su brazo en las salas de juego, y arriesgué vale-

rosamente un luis á los caballitos. Si lo perdía, ponía mala cara; pero si por casualidad ganaba, no me faltaba nunca una sonrisa de simpatía y agradecimiento para el caballo victorioso.

¡Qué cosa tan rara es el juego! Los más ricos se dejan coger en sus redes: gastan ó dan sumas cuantiosas, sin contarlas siquiera, con la más completa indiferencia, y luego en el juego son lo más sensibles del mundo, á la pérdida ó á la ganancia más insignificante. Si yo hubiera sido hombre, estoy segura de que hubiera jugado por placer, por emoción.

Mujer y todo, y aun cuando acompañada siempre por mi marido, una vez jugué al bacarrat. Sí, me atreví á penetrar cierta noche, después del teatro, en el círculo de recreo del casino de Boloña.

Contrán no quería. Su brazo resistía el mío, que procuraba arrastrarlo. "No es ése tu sitio, me decía.—¿Cómo que no es mi sitio? En París vuestros círculos están vedados á las mujeres. Hasta nos está prohibido dirigirles una ojeada ó entreabrir la puerta. Solamente en verano, en la temporada de baños, en el balneario, os dignáis permitir que entremos en vuestros cotos. ¡Y ahora iba yo á no apro-

vecharme de esa tolerancia, ó no entrar para darme cuenta de cómo son por dentro!—Pero si esto no se parece ni poco ni mucho á nuestros casinos de París, querida. Está segura de que no formarás juicio de ese modo.—Sí, lo formaré. Al menos tendré una idea aproximada de la cosa, y con un poco de imaginación... y ya sabes que tengo mucha... me figuraré lo demás." El Duque vacilaba aún, cuando el arrendatario del casino, el Sr. Hirschler, nos conoció y se acercó á nosotros. ¡Qué amable Sr. Hirschler! Está bien educado, viste con corrección perfecta, tiene cortesía exquisita para los bañistas, para los numerosos artistas que pasan por su casa, para todas las personas de viso que visitan Boloña, y dirige su empresa con actividad, inteligencia, y una gran honradez sobre todo. El Sr. Massa, director de los juegos, un hombre inteligente y honrado también, según mi marido, quien ha tenido ocasión de juzgarlo, y cuenta que no juzga á la ligera, se acercó á él para rogarnos que entrásemos. Como yo me moría de ganas de entrar, el Duque acabó por ceder.

Un gran salón amueblado con muchas sillas y con tres grandes mesas verdes, alrededor de

las cuales se ven, sentadas ó de pie, un centenar de personas, la mitad hombres, la mitad mujeres, lo cual me convenció enseguida de que, si soy curiosa, tengo muchos imitadores. ¿Quiénes son esas señoras? Veamos. No están mal, ó á lo menos no lo parecen. Se dice que los Sres. Hirschler y Massa son muy severos y escrupulosos. Sin embargo, aquella rubita, la cual tenía pegado al oído aquel muchacho rubio, alto, ¿es del todo ortodoxa? Trasladó mis dudas á Gontrán, el cual me contesta: "Sin duda es una inglesa, y con las inglesas nunca sabe uno á qué atenerse. Al otro lado del estrecho no están casadas; á este lado lo están: la boda se ha hecho durante la travesía. — Duque, ¡qué cosas dices! — Duquesa, ¿por qué me has traído aquí?"

Lo interrumpo para decirle, designándole una alta y rubia, bastante bonita: "Á ésa la conozco yo: la he visto en alguna parte. — En Boloña, donde era marinera. Uno la encontró guapa, y se casó con ella... Las marineras hacen furor aquí, con sus grandes arracadas de oro, su cofia blanca abullonada, que parece un abanico grande abierto. Unas tiran la cofia á los demonios; otras, como ésa, la reemplazan por un velo de desposada. —

Gracias. ¡Cuántos ingleses, Dios mío, se ven por todas partes! — Boloña está llena de ellos. Es una broma que le dan á Napoleón I. Acampado allá en las alturas que rodean á este pueblo, el Emperador los amenazaba de continuo con un desembarco, que jamás se efectuó. Ellos, en cambio, no amenazaron, pero desembarcan todos los días, á todas horas, en nuestro pueblo. Boloña se ha convertido en una colonia inglesa. — Mejor, así le traen dinero... Mira, mira uno que saca de su cartera un fajo de billetes de Banco. ¿Irá á arriesgarlo al baccarrat? — No, lo enseña solamente para deslumbrar á los jugadores. Mira, se animan los ojos de todos, creyendo cada cual que todo eso va á ser suyo. El inglés será el que dentro de poco se los sorberá... y perdona la expresión, Duquesa; porque es más prudente que ellos al juego, más dueño de sí mismo que el francés. Vas á verlo tú misma. El hombre de los billetes va á tallar. Es la palabra técnica. Obsérvalo. — Me dan ganas, dije tímidamente, de jugar contra él, para mejor darme cuenta. ¿Me lo permites? — No hay inconveniente, puesto que estás aquí. — ¿Qué debo hacer? — Pon tu dinero encima de la mesa, mira, aquí... — ¡Toma! ¡Se lo han llevado! —

Es porque has perdido.—Voy otra vez, pero doblando.—Dobla.—¡También he perdido! Vuelvo á doblar.—Eso se llama cometer una grave imprudencia... ¡Mira! ¿No te lo dije?—Pues voy á volver á doblar otra vez; ese inglés no puede ganar siempre.—Es claro que no; y como lo sabe perfectamente, ya ves cómo acaba de levantarse, dejando que otro talle.—¡Cómo, exclamé, se escapa con mi dinero!—No habérselo dado. Te has quemado (otra expresión técnica), y él no se quema nunca... De ahí su fuerza, y la fuerza de los ingleses. Nos miran á sangre fría, aprovechan nuestros descuidos, y se enriquecen y se engrandecen á costa nuestra.—¡Oh! Si yo tomase la banca, si yo tallase, tal vez él también la ganaría, como tú dices.—¡Tallar tú! ¡No faltaba más que eso! Además, las mujeres no pueden ser banquero. Está prohibido.—¿Por quién?—Por el Ministerio del Interior, por la policía de juegos.—¿Y por qué esa prohibición?—Se supone que las mujeres no saben tener las cartas y que cometen torpezas.—¿Hay gran ventaja en tallar?—Una muy grande: se tienen menos probabilidades de ser robado.—Entonces los hombres tallando pueden robar á las mujeres, y las mujeres no pueden pagarles en la misma

moneda.—Precisamente.—Pues me gusta la moral de tu Ministro del Interior.—¡Ah! Perdona, dijo el Duque sonriendo, no es mi Ministro. Mi partido no nombra Ministros, los soporta.—Vámonos, dije, cogiéndome de su brazo. Ya he visto bastante.—¿Y bastante has perdido?—Demasiado, contra un inglés; esto es humillante.—No, es natural.,

Hé ahí el verídico relato de mi visita al casino de Boloña. ¿Por qué este recuerdo hoy? ¡Ah! Es que en este país, todo me recuerda á mi marido... ¡Y tal vez por eso he vuelto á él... ¡Qué días tan buenos hemos pasado juntos, en nuestro balcón, en el campo, ó correteando por el campo, ó paseando por la ciudad!... Sí, desde hace una hora, escribo, describo, y sé que todo esto lo he visto con él, que lo hemos admirado con los mismos ojos, con el mismo espíritu, con la misma alma... ¡Qué agradable conversación la suya! ¡Qué bien, qué alegremente relataba! ¡Qué bien sabía instruirme, sin fatigarme nunca!... ¡Y decía que era frío! ¡Él! ¡Cuántas veces lo he visto entusiasmarse por una cosa hermosa, por una gran idea, por una gran acción!... Sí, pero también se ha apasionado por una criatura muy fea y muy despreciable. ¿Cómo habrá po-

dido? ¡Ah! Si yo la cogiese... ¡Si me fuera posible devolverle el mal que ha hecho, matarla como ella lo ha matado... creo que, antes de darme ese placer, ese grandísimo goce, la interrogaría, querría saberlo todo!

XII

4 de Julio.

Luisa Bauquet ha llegado ayer, el día 7, á la hora indicada. La he encontrado con los ojos cargados y la cara flaca. Como el viaje de París á Boloña no ha podido cansarla mucho, supongo que la señora de La Bére, como ésta misma me lo hizo presentir, la habrá hecho trabajar demasiado estos días. Pero conmigo, que no he de exigirle un gran trabajo, y con la ayuda del aire del mar, se repondrá pronto. Las caras estropeadas como la suya se estropean más por cualquier cosa. La belleza de los pocos años se altera con más facilidad que una belleza seria que conserva los rasgos de su regularidad, la pureza de sus líneas, aun después de algún cansancio. Porque soy demasiado justa para desconocer que